

se sentaron á aguardar que fueran viniendo compradores. Ricardo vendía melones y otras frutas; y Guillermo ostras y pescado. Corrían las horas y nuestros dos vendedores veían con gusto que sus puestos iban disminuyendo, y sus bolsillos se iban llenando de monedas. No quedaba ya más que un melón en el puesto de Ricardo, cuando un caballero que pasó junto á él, poniendo la mano en la fruta, exclamó: ¡“Qué melón tan bueno y tan hermoso! Creo que me lo llevo; ¿cuánto quieres por él, muchacho?”

“Este melón es el último que me queda, señor; y aunque parece muy bueno, tiene por el otro lado una parte que comienza ya á podrirse, dijo Ricardo, volviendo el melón para que lo viera el caballero.”

“Es verdad repuso éste; entonces no lo llevo. Pero, añadió, mirando á Ricardo con fijeza, ¿te parece buen modo de comerciar decirles á los compradores los defectos que tiene la fruta?”

“Me parece mejor que faltar á la honradez, señor, dijo” Ricardo.

“Tienes razón, hijo mío, repuso el hombre: dí siempre la verdad, y Dios y los hombres te favorecerán. Ahora no tienes otra cosa que pueda comprarte; pero en lo sucesivo no me olvidaré del lugar en que queda tu puesto.”

Siguió el caballero su camino hacia el puesto de Guillermo, y parándose en él, le dijo; “Esas ostras que vendes tienen buena cara, ¿están frescas?”

“Si señor, respondió Guillermo, frescas de esta mañana.” El caballero le compró unas docenas, y se fué con ellas á su casa.

Cuando este se alejó, Guillermo se volvió hacia Ricardo, y le dijo;

“¡Vaya si eres simple hombre! ¿Para qué le dijiste á ese señor, que tenía un punto que empezaba á podrirse tu melón? ¿Quién le lo manda? Ahora tienes que irlo cargando hasta tu casa, ó ver donde lo echas.” “Yo sí se la pegué bien con las ostras: se las dí al mismo precio que si fueran frescas. Si se hubiera llevado el melón, es seguro que no lo hubiera visto hasta llegar á su casa.”

“Pero á mí no me gusta engañar á nadie con mis palabras ni mis hechos, dijo Ricardo; aunque me hubieran dado el doble de lo que he ganado en la mañana, no lo hubiera hecho. Además, en resumidas cuentas, yo soy quien salgo ganando, porque tengo un marchante más, y tú tienes uno menos.”

Y, en efecto, así sucedió: desde el siguiente día el caballero, le compró á Ricardo un buen

canastillo de fruta, y nunca más volvió á gastar un centavo en el puesto de Guillermo.

Como ya sabía que lo que Ricardo vendía era de buena calidad, siempre le iba á comprar; y algunas veces se detenía á conversar con él unos momentos, informándose de sus esperanzas y proyectos para el porvenir.

A Ricardo le gustaba mucho el comercio. Cuando llegó el invierno el caballero tuvo necesidad de un muchacho de confianza para su tienda, y acordándose de Ricardo, le dió aquella colocación. Vínose Ricardo á vivir con él; y cada vez fué ganando más su confianza, hasta que al fin, llegó á ser socio suyo en la casa de comercio que tenía.

(Copiado.)

La probidad. (bis)

EL ANCIANO CIEGO.

Un pobre ciego, ya anciano, estaba sentado á la orilla de un camino que iba desde su pueblo á la ciudad vecina, y los transeuntes echaban de cuando en cuando una moneda en su sombrero. Tenía junto á sí una niña que era su nietecita, cuya risa, tan inocente como jovial, regocijaba á veces el semblante del pobre hombre. Las gracias de esta niña llamaban la atención de los cami-

nantes, y contribuían á aumentar las limosnas que echaban en el sombrero del pordiosero.

Un día que estaba jugueteando en medio del camino, pasó por allí entre una nube de polvo, una silla de posta tirada por cuatro caballos. Al alejarse el carruaje, volvió la niña á sus juegos, y se sorprendió de hallar en medio del camino una cosa que no había visto jamás: era una cartera que ella entregó á su abuelo.

Tomóla el anciano, y notando que estaba llena y cerrada con una cerrajita, lejos de tratar de abrirla, se puso en camino para la ciudad, con ánimo de entregarla al alcalde.

En aquel momento pasó por allí un labrador que conocía al pobre ciego, y acercándose á él le dijo: "¿Qué es éso que tenéis en la mano?—Una cartera que mi nieta ha hallado en el camino, y que probablemente ha caído del coche que acaba de pasar."

Voy á llevarla al alcalde de mi lugar, para que la recobren los que la han perdido, si la reclaman.—¡Qué tonto sois! esa cartera está probablemente llena de billetes de banco, y puede hacer vuestra fortuna; quedaos con ella, y no lo digáis á nadie.—¡Yó quedarme con lo ageno! contestó el buen anciano; Dios me libre; prefiero ser pobre

con la conciencia tranquila, que rico con remordimientos.

Y al decir ésto, prosiguió su camino, llegó al pueblo, y entregó la cartera al alcalde, la cual habiendo sido reclamada al día siguiente, volvió á la posesión de su legítimo dueño.

El buen anciano rehusó enérgicamente la justa recompensa que se le ofreció, contestando de este modo á los que le instaban para que la aceptase, entre otros al labrador del mal consejo:

“La mejor recompensa para un hombre de bien es el testimonio de su conciencia, que le dice haber obrado como Dios manda.

(De la Moral Práctica por Barrau.)

El bien se ha de hacer á tiempo.

ARREPENTIMIENTO TARDIO.

“Luis ¿no quieres traerme un vaso de agua fresca?”—dijo á su hermanito la pequeña Sofía, que estaba en cama con una calentura abrasadora.

Pero Luis, como si no lo hubiera oído, siguió jugando con su trompo, y acabó por olvidarse enteramente de lo que su hermanita le había dicho.

A los pocos momentos, Sofía volvió á decirle: —“Luis, ¿qué, no me traes mi vaso de agua?”

Dejó entonces Luis su trompo, tomó un vaso, lo llenó de agua en una cubeta que allí había, y lo llevó á su hermana.

Pero cuando ella lo acercó á sus labios abrasados, y sintió el agua tibia, lo retiró, y volviendo su cabecita, dijo: “Ay, hermano, yo quisiera que me trajeras agua fresca, acabada de sacar del pozo.”

“¿Porqué no bebes esa que te traje?—dijo Luis con tono bastante áspero,—no tengo ahora tiempo para ir hasta el pozo á sacarla: estoy muy ocupado.”

Sofía tomó el vaso, y apuró el agua que Luis le había traído; pero era la última vez que le pedía un favor: todavía no se había puesto el sol de aquella tarde cuando ella estaba junto á la Fuente de la Vida, libando de sus aguas, que apagan la sed eternamente.

Entre todos los que rodeaban el ataúd de la niña Sofía, ninguno había que llorara más amargamente que su hermano Luis, quien no podía olvidar que le había negado el último favor que le pedía.

Niños: ¿son Udés. buenos con sus compañeros, ó son desabridos y egoistas? Tengan presente que ha de llegar un día en que algunos bajen al sepulcro: ¡Con cuánto gusto darían entonces todo lo que tienen por volver á verlos!

Luis tenía muy buen corazón, y quería mucho á su hermanita. Esta hacía muy pocos días que se había enfermado, y Luis no creyó que tan pronto se fuera á morir. Pero ésto no le consolaba cuando se murió.

“¡Ay mamá!—decía—si siquiera le hubiera traído el agua fresca que me pedía, ahora estaría yo más tranquilo; pero ya no puedo volver á darle gusto en nada!

Cuando estén Uds. á punto de reñir entre sí, de ser egoistas, piensen en que, si á alguno le tocara morir, el que quedara siempre tendría presente su falta de complacencia con él y las palabras duras que le hubiera dicho; pero ya entonces sería demasiado tarde para retirarlas, demasiado tarde para pedir perdón.

(Copiado.)



2do. Año Escolar.

(Advertencias para la enseñanza de la Moral en este curso)

A fin de que se tenga una idea completa del método que debe seguirse en la enseñanza de la Moral en el 2^o año escolar, presentamos las instrucciones siguientes para la formación del plan correspondiente á la primera lección.

1^o Se dará principio con una ligera conversación sobre la necesidad que tienen los niños de conocer sus deberes morales, para que obrando tempranamente de conformidad con ellos, puedan formarse pronto el hábito de la práctica del bien.

2^o Manifestará el maestro á los niños, que la lección vá á versar sobre el más importante de los deberes que tenemos para con nuestros padres.

3^o Diálogo socrático sobre el tema de la lección.

4^o Exposición por los niños de diversos modos directos ó indirectos para manifestar el amor que tienen á sus padres.